

## REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Noviembre 1.º de 1909

## EL EVANGELIO

FRAGMENTO INÉDITO DE "MIS ESTUDIOS LITERARIOS"

Corresponde al estudio sobre la belleza literaria de la Biblia

Belleza literaria de los cuatro Evangelios—Caracteres distintivos de la predicación de Jesucristo—Las parábolas—La palabra viva de Jesucristo—Cualidades propias de la narración evangélica de cada uno de los cuatro Evangelistas

## I

¿Se podrá analizar el estilo de Jesucristo, considerando su divina predicación desde un punto de vista puramente literario? ¿No será, tal vez, temeridad sacrilega ponerse á examinar, según las reglas del arte humano, la palabra adorable del Verbo de Dios humanado?—Jesucristo no sólo pareció hombre, sino que fue realmente verdadero hombre: perteneció á una nación determinada, fue descendiente de una familia, asimismo determinada; vivió en un determinado país del mundo, y los días de su vida mortal transcurrieron en un período bien conocido de la historia del linaje humano.

El primer carácter especial que se nota en la predicación de Jesucristo es su nacionalidad: es predicación eminentemente popular; sencilla, clara, amena; habla á los judíos, y al parecer, sólo á los judíos, y á los judíos del

tiempo de Tiberio: todo es nacional, expresiones, comparaciones, alusiones: tiene adagios y proverbios populares, usados por la gente de su época: en cuanto á erudición, carece de ella absolutamente. En efecto ¿quién menos erudito que Jesucristo?... Erudición! no se encuentra ni el más leve rastro profano de ella en la predicación de Jesucristo: esa predicación celestial, transformadora del mundo, no presenta ni siquiera indicios humanos de que el predicador fuese el Rey inmortal de los siglos y el Príncipe de los dominadores de la tierra. Humanamente hablando, ninguna predicación popular ha sido menos erudita que la de Jesucristo.

No cuando predica al pueblo, sino cuando disputa con los sabios, entonces hace uso de la Escritura Santa, y arguye con lógica invencible, empleando dos maneras de argumentos: la interrogación y las disyuntivas—Sus preguntas son inesperadas, sorprendentes: sus enemigos se quedan mudos, y evaden toda discusión, confesando, avergonzados, su ignorancia.... Jesucristo no busca la disputa; no la provoca: la acepta: sus disyuntivas encierran dentro de un círculo de fuego á sus contrincantes.... La dialéctica del Nazareno es espada, por ambos lados afilada.

A pesar de ser, como es, tan nacional, tan de su pueblo, tan de su época la predicación de Jesucristo; con todo eso, es eminentemente universal; y ése es su segundo carácter distintivo—Habla á todos los hombres, de todos los tiempos, y de todas las naciones; y todos los hombres le entienden, al momento, sin dificultad.

La sencillez, una sencillez encantadora, es otra de las dotes de la predicación de Jesucristo: es una enseñanza suave, patética é insinuante. En ella no hay nada oscuro ni desconocido: el Maestro divino enseña, haciendo palpable su doctrina.

Ahí, en el mercado público, está, á la vista de todos los transeúntes, el vendedor de aves. ¿Veis esos pajarillos? les dice el Señor á sus discípulos, y de esos pajarillos, que

se venden en el mercado público, se vale para enseñar su admirable doctrina acerca de la Providencia de Dios—“Ninguno de esos gorriñillos pasa desapercibido para Dios, que está en los cielos: y ¿cuánto vale uno de esos gorriñillos?...” Compara luego al hombre con el pajarillo, y deduce de ahí una lección concluyente sobre la Providencia.

Ya son los objetos del campo, como la semilla de mostaza; ya las faenas domésticas, las labores de la pesca, lo que le sirve para sus parábolas, para sus comparaciones: la levadura, con que se hace fermentar la masa; la red, que el pescador echa en la mar. ¿Habrá estilo más sencillo? ¿Será posible predicación más popular?...

En las parábolas, sobre todo, llama la atención el arte soberano de la narración: ¿habrá arte en las parábolas?—Prescindamos, por un momento, de nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo, y examinemos las parábolas solamente como obras literarias, y no podremos menos de encontrar en ellas un arte primoroso, sobrio en pormenores y en gran manera natural y patético; una sencillez grave, mesurada, candorosa: rasgos de una destreza sorprendente, pinceladas, que dan vida á los objetos; toques delicados, hé ahí lo que se encuentra en las parábolas. ¿Habrá un drama mejor relacionado que el del *Fariseo y el Publicano*?—Ahí está el Fariseo: una palabra, sólo una palabra, le ha bastado á Jesucristo para mostrárnoslo, como con el dedo.... *Fariseus stans*. el Fariseo de pie, erguido.... Allá, lejos, el publicano ¿cómo?... Con los ojos bajos, clavados en el suelo, hiriendo, compungido su pecho: el contraste no podía ser más dramático.

La claridad nítida, dirémoslo así, transparente: la ausencia de pretensiones meramente humanas, y esa soberana prescindencia de sí mismo, que resplandece en la predicación de Jesucristo; esa augusta serenidad, ese aplomo sobrehumano, esa unción celestial, que conmueve suavemente, y, en fin, ese señorío extraordinario, y esa autori-

dad avasalladora, contribuyen á dar á la palabra del Redentor un carácter excepcional: la predicación de Jesucristo es originalísima: no ha tenido modelos que le precedieran; ni nadie jamás ha podido después imitarla. Los judíos, oyendo predicar á Jesucristo, exclamaban, asombrados: ¡Ah, nadie jamás ha hablado como éste habla!.... ¡Oh! Sí: nadie había predicado antes como Jesucristo! Su palabra es única, excepcional: le pertenece sólo á El, porque esa palabra es divina; porque esa palabra es la palabra del Verbo de Dios humanado!

¡Oh, qué sería oír esa predicación, de la boca misma de Jesucristo, cuando fluía de sus augustos labios vívida, sonora, majestuosa; cuando la acompañaba el timbre de aquella voz, sin parecido en las voces humanas; cuando á la palabra la animaban el movimiento grave, reposado, de las manos; la expresión de aquellos elocuentes ojos.... ¡Oh, qué sería!....

No me admira, no, que las muchedumbres corrieran á oírle: que, cautivas de esa palabra extraordinaria, nunca jamás oída, fueran siguiendo á Jesucristo, hasta dos y tres días, abandonando sus casas y olvidadas hasta de su propio alimento.... Así, así debía ser!.... Gentes dichosas, turbas predestinadas para oír la predicación de Jesucristo.... Hartas de oírle, pero cada vez más hambrientas de esa palabra; colgadas de aquellos labios divinos, sin que haya poder humano que de ellos logre desasiros, vais en pos del Predicador asombroso; le seguís día tras día, cada vez más ávidas, nunca satisfechas de oírle, por mucho que lo hayáis oído.... ¿Qué secreto había en esa predicación? ¿Qué poder? ¿Qué atractivos?.... La admiración no tiene límites: ya no hay quién la contenga; se le interrumpe, para aclamarle, y el asombro estalla en gritos, profundamente misteriosos. ¡*Bienaventurados el seno en que fuisteis concebido: felices los pechos que os amamantaron*: así dicen, así exclaman, así gritan.... Esa es la voz de la familia humana, esa la exclamación de todas las generaciones, ese el grito de todos los siglos!....

## II

Diremos siquiera una palabra más acerca de los cuatro Evangelios—En estos libros, de veras santos, santísimos, divinos, ¿se encontrará algún primor artístico, alguna excelencia puramente literaria?—Idénticos en el fondo, los cuatro Evangelios se diferencian, no obstante, por las cualidades personales de cada uno de sus autores, y por las dotes literarias que cada uno de ellos poseía para la narración histórica, según el fin principal que cada escritor se había propuesto al componer su Evangelio.

San Mateo da la preferencia á la parte doctrinal y refiere los discursos, las enseñanzas, las parábolas del Señor.—Era Leví, el antiguo publicano, el acaudalado alcabaleiro de Cafarnaúm, hombre prolijo, observador, dotado de una memoria feliz: apuntaba, sin duda ninguna, á solas, lo que le oía predicar á Jesucristo, y ponía en recoger las palabras del Maestro divino gran diligencia. Se había encargado, por amor al Maestro, de coleccionar sus palabras; y, de enseñanza tan preciosa, no quería dejar desperdiciado ni un ápice: la Iglesia le debe á San Mateo el poseer ahora el sagrado tesoro de la predicación del Redentor.

En San Marcos abundan los pormenores minuciosos: se esmera en precisar todas las circunstancias de los milagros que refiere: la hora, el día, el lugar; el aspecto de la naturaleza, el nombre propio de los personajes.... Bartimeo, el ciego de Jericó, se levanta, saltando y botando el manto, acude á la llamada de Jesucristo.... Muy bien se conoce que la primera fuente de este Evangelio fue un testigo de vista, un testigo que presenció los hechos y que los recordaba con viveza, sin que, con el transcurso del tiempo, se le berrara de la memoria ni la más pequeña circunstancia: ese testigo había observado, con vivo interés, todo lo que iba sucediendo; y, como amaba entrañablemente al Maestro portentoso, tenía presentes en su ima-

ginación las escenas de su vida mortal, y pensaba en ellas, con cariño. La fuente de la narración de San Marcos fue alguien que amaba con vehemencia á Jesucristo: y ¿quién pudo ser ése, sino San Pedro?... El Evangelio de San Marcos lleva el sello de su origen, en su mismo estilo, en su misma manera de narrar los hechos.

Le debemos á San Lucas noticias preciosas sobre los afectos que despertaban en los ánimos de las gentes del pueblo los hechos asombrosos y las virtudes, todavía más asombrosas, de Jesucristo: cuando se lee, con la debida atención, el evangelio de San Lucas, se advierte la honda impresión de sorpresa, de admiración y de júbilo, que recibían las gentes del pueblo viendo los milagros del Señor y oyendo su predicación. Si nos quisiéramos servir de una expresión, que ahora está muy de moda en el lenguaje de la crítica literaria con pretensiones de científica, diríamos que San Lucas es un artista consumado: en sus cuadros pinta las facciones, no del cuerpo sino del alma, de los que intervienen en los hechos que refiere. Es aquello la psicología de los personajes: esos personajes están vivos, y vemos lo que sienten allá, en el fondo secreto del alma.

Si el Evangelio de San Lucas es la manifestación de los fenómenos espirituales é íntimos de los espectadores de los hechos y de las virtudes de Jesucristo, ¿qué diremos del Evangelio de San Juan?... El Apóstol predilecto atesora en su narración datos preciosísimos sobre la psicología del alma de Jesucristo: San Juan refiere no solamente lo que Jesucristo habló, lo que Jesucristo hizo, sino lo que Jesucristo sintió: los afectos del alma sagrada del Redentor, eso es lo que nos ha hecho contemplar San Juan. Narra este santo Evangelista, con una prolijidad encantadora, algunos hechos milagrosos de Jesucristo, como la multiplicación de los panes, la conversión de la samaritana, la resurrección de Lázaro: no quiere que la posteridad ignore ninguno de los pormenores relativos á la persona adorable de Jesucristo, en aquellas circunstancias. Si el Señor

le hace á San Felipe aquella pregunta, tan natural y al mismo tiempo tan divinamente graciosa, acerca del lugar donde podría comprar pan para darlo al pueblo, no es porque Jesucristo ignorara nada, sino para probar al Apóstol.... El aspecto calmado, sereno, celestial de Jesucristo; el regocijo íntimo de su alma; su mirada bañada en júbilo desacostumbrado, con la resolución de obrar el milagro, que preludiaba la maravillosa institución de la Eucaristía, se transparentan al través de la candorosa narración del Evangelista.

Con cuidado hace notar San Juan las horas del día, la estación del año: no se le ha pasado desapercibida circunstancia ninguna; y, todavía en su manera de relatar los hechos, se nota la emoción que sintió el Apóstol cuando le vio llorar á Jesucristo junto al sepulcro de Lázaro; cuando le observó que se afligía y conturbaba con la presencia del traidor, en la noche de la Cena—Sin duda, San Juan no había olvidado ni un solo día, en los muchos años que habían transcurrido, el momento aquel en que, asombrado, presenció el llanto de Jesucristo.

Es claro que San Juan no intentó nunca componer una obra artística, al redactar su Evangelio; pero, como lo escribió con la más pura sinceridad, su narración histórica no pudo menos de resultar viva, animada, conmovedora—Postrémonos de rodillas y adoremos los Evangelios: esos no son libros humanos: su claridad, su sencillez, su belleza están manifestando su divinidad: claridad nítida, sencillez profunda, belleza sobrenatural.

FEDERICO GONZALEZ SUAREZ  
Arzobispo de Quito.